

# Un asunto sucio

NEFELIBATA



OTROS LIBROS DE  
MARCO VICHÍ EN DUOMO

*Muerte en Florencia*

*La fuerza del destino*

*El comisario Bordelli*

MARCO VICHI

Un asunto sucio

Traducción de Cristina Zelich



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2017

Título original: *Una brutta faccenda*

© 2003, Ugo Guanda Editore, S.p.A., Parma

© 2017, de la traducción: Cristina Zelich González

© 2017, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

© 2017, Iari Marcelli por las imágenes reproducidas en el apéndice

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-16634-80-4

Código IBIC: FA

DL B 8853-2017

Composición:

David Pablo

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

*Para Franco, mi padre*

*Todos y cada uno de nuestros conocimientos  
tienen su inicio en los sentimientos.*

—LEONARDO

*Para el vanidoso, el tiempo transforma  
todos los remedios en agua.*

—ANÓNIMO DEL SIGLO XXI

## *Florenxia, abril de 1964*

A las nueve de la noche, un homúnculo harapiento, de la estatura de un niño, entró jadeando en el vestíbulo de la comisaría. Se pegó contra el cristal gritando con educación que quería hablar con el comisario. Desde dentro, Mugnai le dijo que se tranquilizara y le preguntó a qué comisario se refería. El enano aplastó una mano sucia contra el cristal y gritó:

–¡Al comisario Bordelli! –Como si Bordelli fuese el único comisario posible.

–¿Y si no estuviera? –preguntó Mugnai.

–He visto el Escarabajo –contestó el enano.

Por fin le abrieron. Mugnai hizo un gesto a su colega Taddei, un tipo grueso con ojos de buey, que había llegado hacía poco. Taddei se levantó con dificultad de la silla y, seguido por el enano, se dirigió hacia arriba por la escalera. Al final del largo pasillo del primer piso se detuvo delante de la puerta del comisario Bordelli.

–Espera aquí –dijo, lanzando una ojeada a los viejos zapatos del enano, sucios de barro y que éste había limpiado como mejor había podido.

Luego llamó, desapareció detrás de la puerta y volvió pocos segundos después.

–Pasa –dijo.

El homúnculo entró deprisa y Taddei oyó la voz de Bordelli:

–Casimiro, ¿qué diablos haces aquí?

Luego, la puerta volvió a cerrarse de golpe. El agente no se fiaba, se rascó la cabeza y llamó de nuevo. Se asomó respetuosamente.

–¿Necesita algo, comisario?

–Nada, gracias, puedes marcharte.

Casimiro tragaba saliva sin cesar y esperó en silencio a que el buey cerrase de nuevo la puerta. Rechazó un cigarrillo del comisario y se quedó de pie delante de la mesa de despacho.

–¿Qué pasa, Casimiro? Pareces inquieto.

–He visto una cosa, comisario, cerca de Fiesole... Estaba caminando por un campo y...

–Si no quieres fumar, al menos tómate una cerveza. –Bordelli señaló el último cajón de un mueble archivador en la parte opuesta del despacho.

–Una para mí también, gracias –añadió.

Casimiro corrió a coger las botellas y las puso sobre la mesa con gestos nerviosos. Se agitaba por las ganas de hablar. Bordelli abrió con parsimonia las cervezas sacando el tapón con las llaves de casa y le pasó una a Casimiro. De un trago, el enano se bebió media botella, se calmó un poco y por fin se sentó. El comisario bebió un par de sorbos ávidamente, salpicándose la camisa, y luego dejó la botella sobre los papeles y las notas que cubrían la mesa de despacho. En la pared, a su espalda, colgaba la foto polvorienta del presidente de la República y, del mismo clavo, una herradura de caballo. En aquel despacho, el aire olía a cartón enmohecido y a setas, pensó Bordelli...

Casimiro seguía agitándose bajo sus ropas. Llevaba una chaqueta de niño y le iba grande. Bordelli miraba el rostro del enano, pequeño y estrecho, parecía que se hubiese quedado aplastado en una puerta. Le conocía desde los primeros años de después de la guerra y siempre le había visto con aquel



semblante trágico y nervioso. Era difícil verle reír, como mucho contaba algún chiste malo sobre su propia condición física y le salía una mueca. Bordelli, de algún modo, le apreciaba y, a veces, le había confiado falsos encargos de informador para poderle dar algo de dinero sin que se sintiera demasiado incómodo.

–Pasaba por allí por casualidad, comisario... Si no lo hubiera visto con mis ojos...

–Casimiro, perdona si te interrumpo... El dos fue mi cumpleaños.

–Felicidades...

–¿Nada más?

–¿Qué debo hacer, comisario?

Aquella noche Bordelli tenía ganas de charlar, quizá porque estaba muy cansado... y además quién sabía qué tontería querría contarle Casimiro.

–¿No me preguntas cuántos cumplo? –dijo.

–¿Cuántos?

–Cincuenta y cuatro, Casimiro, y no me apetece nada envejecer. Cincuenta y cuatro años y cuando regreso a casa no me encuentro con nadie que me dé un beso en la boca.

–¿Por qué no coge un perro? –dijo el enano, serio.

Bordelli sonrió y aplastó lentamente la colilla en el cenicero ya lleno. Cogió la cerveza y se dejó caer sobre el respaldo. La botella había dejado un círculo húmedo sobre un informe.

–Piensa, Casimiro, quizá en este momento, en algún lugar del mundo, está naciendo la mujer que busco desde siempre, pero si nace hoy, cuando tenga veinte años yo seré un viejo meón. E incluso, si hubiera nacido hace cuarenta años, quizá naciese en Argelia, Polonia o Australia... ¿Y quién la hubiese visto entonces? ¿Piensas alguna vez en estas cosas?

–Comisario, ¿puedo contarle lo que he visto?

–Claro, perdona –contestó Bordelli, resignándose a escuchar. El enano dejó la cerveza sobre la mesa y se puso de pie, de nuevo agitado.

–Estaba caminando por un campo y casi me tropiezo con un cadáver –dijo de un tirón por miedo a que el comisario le interrumpiese de nuevo.

–¿Estás seguro? –dijo Bordelli.

–Claro que estoy seguro. Estaba muerto, comisario, le salía sangre por la boca.

–¿Dónde está ese lugar?

–Justo después de Fiesole –respondió Casimiro con aspecto sombrío.

Bordelli se levantó, cogió los cigarrillos y las cerillas con una mano, y con la otra descolgó la chaqueta de la silla.

–¿Qué estabas haciendo allá arriba a esas horas, Casimiro?

–Pasaba por casualidad –contestó el enano con ojos de mentiroso.

–Vamos a ver a ese muerto –dijo Bordelli, saliendo del despacho.

–¿Y mi bicicleta? –preguntó el enano, trotando a su lado.

–La cargaremos en el coche.

Llegaron al final de la avenida Volta y tomaron la carretera que subía hacia Fiesole. Después de San Domenico se empezaba a ver la ciudad allí abajo, una gran mancha oscura llena de puntitos luminosos. Una caca de vaca con velitas encima, pensó Bordelli.

Casimiro tenía sus cortas piernas estiradas sobre el asiento y sus agrietados zapatos apenas si llegaban al borde. Permanecía en silencio. Juguetecía con su amuleto, un pequeño esqueleto de plástico de pocos centímetros, con dos cristalitas rojas en el

lugar de los ojos. Hacía años que lo llevaba siempre consigo, y Bordelli, desde hacía tiempo, había dejado de burlarse de él.

Pasada la plaza de Fiesole, el enano le indicó que girase por la calle del Bargellino y, después de varios centenares de metros, empezó a mirar a su alrededor con aspecto nervioso.

–Párese aquí, comisario –dijo de repente, poniéndose de pie sobre el asiento.

Bordelli dejó el Escarabajo en una explanada sin asfaltar y bajó. Casimiro saltó del coche más nervioso que nunca.

–Voy delante, comisario.

Escaló el pequeño muro en ruinas que sostenía el terreno junto a la carretera y empezó a adentrarse en la vegetación baja y espesa. Bordelli le seguía, observando atentamente a su alrededor. Alta en el cielo, una luna grande y blanquísima daba al paisaje una claridad lúgubre, pero, a cambio, se veía bien. A la derecha había un campo sin cultivar con alguna vieja vid ya seca y algunos árboles asfixiados por la hiedra. Era una lástima ver un terreno abandonado de aquella manera.

–¿Has dicho que pasabas por aquí por casualidad? –dijo Bordelli riéndose.

–Casi –dijo el enano, expeditivo, y siguió avanzando entre la maleza.

–¿Qué quieres decir?

–No tengo ni una lira, comisario, ¿qué coño tengo que hacer?

–Explícate mejor.

–De vez en cuando tengo que ir por ahí buscando alguna verdura.

–En esta época debe de haber habas.

–Todavía es pronto, de momento sólo hay coles... Venga, vamos por aquí.

–Estará lleno de sapos –dijo Bordelli, asqueado, con la esperanza de no pisar ninguno.

La hierba era alta y estaba húmeda, ya notaba los zapatos empapados. Había llovido durante toda la semana y, de vez en cuando, metía el pie en un charco lleno de barro. Casi hacía frío. La primavera no se decidía a llegar.

–¿Falta mucho?

–Es allí –contestó el enano en voz baja, avanzando casi a la carrera sobre sus cortas piernas.

Después de atravesar un bosque cenagoso, desembocaron en un olivar bastante bien cuidado. El suelo estaba tapizado de malas hierbas, bajas y compactas. Después de todo aquel barro era un placer caminar sobre ellas. La luz lunar era tan fuerte que sus sombras se recortaban con nitidez en el suelo. Pero lo que permanecía en sombras era aún más oscuro.

–Casi hemos llegado –susurró el enano, aminorando el paso.

Algo más allá, en lo alto, se veía una villa del siglo XVIII, enorme, construida sobre un gran terraplén. El jardín se asomaba al campo desde arriba, sostenido por un muro de piedra alto y curvo, reforzado con grandes barbacanas invadidas por la hiedra. La barandilla situada en lo alto del muro era el límite entre dos mundos. Todas las persianas de la villa estaban cerradas y no se filtraba ninguna luz. Casimiro se detuvo a pocos pasos del muro, delante de un gigantesco olivo, y miró incrédulo a su alrededor.

–El muerto estaba aquí, comisario... ¡Le juro que estaba!  
Bordelli abrió los brazos.

–Parece ser que se ha despertado –dijo riendo.

El enano no se lo podía creer, seguía dando vueltas al olivo y en un momento dado se agachó para recoger algo.

–Mire, comisario –dijo, levantando en alto una botella.

Bordelli la cogió por el cuello. Era de cristal blanco, más bien pequeña, y tenía todavía un poco de líquido oscuro en el fondo. Estaba limpia, no debía de llevar allí mucho tiempo. Leyó la etiqueta: *Coñac De Maricourt, 1913*. No lo conocía. Sacó el tapón de corcho y lo olió, parecía un buen coñac. Contuvo las ganas de beber un sorbo y volvió a colocar el tapón.

–El muerto estaba aquí, ¡no soy tonto! –dijo de nuevo Casimiro.

–Quizá sólo estuviera borracho.

El comisario se guardó la botella en el bolsillo y, seguido por el enano, se acercó a las barbacanas. Eran enormes, estaban muy bien construidas. Visto desde allí abajo, el muro de piedra parecía aún más alto.

–¿Qué pinta tenía ese muerto? –preguntó Bordelli con aspecto cansado.

–No lo miré bien... Me lo encontré delante y me fui corriendo... Sólo vi que tenía sangre alrede...

–¡Silencio! –dijo Bordelli, aguzando el oído.

De repente se oyó un ruido veloz de pasos y una respiración jadeante y, sobre los terrones blanqueados por la luna, apareció la sombra de un perro de pelo corto que corría hacia ellos. La cosa más evidente eran los dientes, brillaban como el mármol mojado. El comisario apenas tuvo tiempo de sacar la Beretta y le disparó un tiro, de lleno en el hocico. El dóberman lanzó un aullido y sus patas cedieron, pero, con el impulso de la carrera, rodó, chocando con las piernas de Bordelli y derribándole. Lanzó otro lamento, pataleó en el aire durante unos segundos, estiró las patas y se quedó inmóvil.

–¡Joder! –exclamó Bordelli.

–Menos mal que tiene buena puntería –dijo el enano con voz ligeramente temblorosa.

–Pero ¿dónde estás? –preguntó Bordelli al no verle.

–Aquí arriba, comisario. –Casimiro se había subido a un olivo y ya estaba bajando.

Bordelli guardó la pistola y se levantó. Se miró. Tenía la chaqueta medio empapada y los pantalones manchados de sangre. Se limpió como pudo con el pañuelo y luego se arrodilló para ver mejor al dóberman. Tenía el hocico destrozado, lleno de sangre, y no llevaba collar.

–Casimiro, ¿sabes que esta historia no me gusta?

Bordelli levantó los ojos, pero el enano ya no estaba. Lo buscó con la mirada y lo vio correr entre los olivos en dirección al bosque. Dejó de preocuparse por él. Se alejó un poco del muro para echar una ojeada a la villa, estaba a oscuras como antes. Después del disparo, nadie había dado señales de vida. O era una casa deshabitada o quien viviese en ella tenía el sueño pesado, pensó. Encendió un cigarrillo y se encaminó hacia el bosque. Cuando llegó al coche encontró al enano sentado encima del capó, abrazado a sus rodillas. Sus ojos relucientes brillaban aún de miedo.

–Casimiro, ¿qué te ha pasado?

–Si hubiese estado solo, me hubiera despedazado –contestó el enano, estremeciéndose.

–¿Vienes a menudo por aquí? –dijo Bordelli, limpiándose los zapatos sobre las piedras del pequeño muro.

–De vez en cuando –contestó Casimiro.

Luego, bajó del capó de un salto mirando a su alrededor con expresión tensa.

Se metieron en el Escarabajo y volvieron a la ciudad. El enano iba encogido en el asiento, en silencio, con su pequeño esqueleto entre los dedos. Habían llegado a la curva de Regreso y, de repente, Bordelli paró el coche.

–¿Qué hace, comisario?

–Vuelvo arriba.

–¿Y por qué?

–No lo sé –dijo Bordelli.

Dio la vuelta y tomó de nuevo la dirección de Fiesole pisando el acelerador. Las vibraciones del Escarabajo llegaban directas a la espalda. Poco después, tomó de nuevo la calle del Bargellino y aparcó en el mismo lugar. Abrió la puerta y sacó un pie.

–¿No vienes? –le preguntó a Casimiro al ver que no se movía.

–Prefiero esperar aquí –contestó el enano con expresión sombría.

–Como quieras. –Bordelli bajó del Escarabajo y, pasando por el mismo lugar, se dirigió apresuradamente hasta el olivar.

La luna empezaba a iluminar las paredes de la villa y le daba un aspecto aún más abandonado. Se acercó a las barbacanas pistola en mano y enseguida vio que el cadáver del dóberman ya no estaba. Sólo quedaba un poco de sangre sobre la hierba. Comprobó el terreno de alrededor, pero sobre aquella alfombra compacta de malas hierbas no quedaba ningún rastro. Movió la cabeza pensando que había sido un estúpido. Si no se hubiese alejado...

De repente, oyó un rumor de gravilla que parecía llegar del jardín de la villa e, instintivamente, se agachó detrás de la esquina de una barbacana, escondiéndose en la sombra. Levantó los ojos hacia la parte alta y, en aquel momento, de la barandilla situada sobre el muro asomó la cabeza de un hombre. A la luz de la luna, Bordelli podía verle muy bien. Tenía el pelo blanquísimos y una mancha larga y oscura en el cuello. El hombre permaneció unos segundos mirando el olivar y luego desapareció.

Reinaba un gran silencio, sólo se oía el rumor del viento que pasaba a ráfagas entre las hojas de los olivos. A lo lejos, un perro empezó a ladrar con rabia y, de vez en cuando, aullaba como un lobo. El comisario esperó unos minutos más, conte-

niendo la respiración y espiando la parte alta, pero ya no vio a nadie. Salió de la sombra y caminó al ras del muro para no correr el riesgo de ser visto desde la villa. Cuando encontró un paso más escondido, se encaminó hacia el bosque volviéndose a menudo para mirar la casa, pero no volvió a ver ninguna señal de vida. Regresó deprisa al coche y encontró al enano de pie sobre el asiento con el rostro apoyado en el cristal.

–El dóberman ya no está, pero he visto a un individuo asomarse desde el jardín de la villa –dijo, cerrando despacio la puerta.

–Ese perro de mierda... –dijo el enano con mirada trágica, apretando el pequeño esqueleto en la mano.

Bordelli encendió pausadamente un cigarrillo y sopló el humo contra el cristal.

–¿Sabes por casualidad quién vive en esa casa? –le preguntó al enano.

–Un extranjero, uno que nunca está.

–¿Cómo lo sabes?

–Rumores.

–Extranjero, ¿de dónde?

–Buf...

–¿La entrada de la villa?

–Está ahí arriba, en la carretera de los Bosconi... ¿Por qué?

–Siento curiosidad.

El comisario arrancó, dio la vuelta y llegó a lo alto de la subida. Aquel individuo con la mancha oscura en el cuello... le recordaba algo, creía que ya había visto antes una mancha así... o quizá era sólo su imaginación de policía.

Cogió la calle Ferrucci en dirección a los Bosconi. Después de algunas curvas paró el Escarabajo en un ensanchamiento a pocos metros de la verja de la villa, sobre la que se destacaban unas iniciales indescifrables.



–Espera aquí –le dijo al enano, bajando.

–¿Dónde va?

–Sólo quiero echar una ojeada.

La carretera, bajo la luz amarillenta de una farola, estaba poco iluminada. Bordelli llegó delante de la verja e intentó abrirla. Estaba cerrada. En el jardín había muchos árboles de gran tamaño y muchísimas plantas que crecían descuidadas, y la luz de la luna no llegaba a alumbrar el terreno. Esparcidos por todas partes había grandes tiestos vacíos, tinajas de terracota, extrañas estatuas de mármol de varios tamaños. La villa estaba bastante alejada de la carretera, rodeada de cedros más altos que el tejado. También, de aquel lado, las persianas estaban cerradas y no se veía ni un hilo de luz. El comisario tiró de la cadena de la campanilla y oyó cómo sonaba solemnemente en el interior de la casa. Nadie contestó. Llamó otra vez, luego otra, luego dos veces seguidas. Por fin, vio que se filtraba luz a través de las láminas de una persiana. Se encendió una lamparita en lo alto de la entrada de piedra y a continuación se abrió el portón. En el umbral apareció una silueta humana.

–¿Quién es? –preguntó una voz de mujer.

–Policía. ¿Puede abrirme, por favor?

La mujer volvió a entrar en la casa y la cerradura se abrió. El comisario empujó la verja con las dos manos y oyó cómo rechinaban los goznes herrumbrosos. Entró en el jardín y avanzó siguiendo un sendero de gravilla entre las sombras de las tinajas y de los pequeños monstruos de mármol. La mujer le esperaba en el umbral envuelta en un chal negro, frente al portón entrecerrado. No parecía estar vestida para ir a la cama ni tenía la expresión de alguien que se acabara de despertar. El comisario se detuvo frente a ella, sacó el carné de policía e hizo un pequeño gesto de saludo con la cabeza.

–Comisario Bordelli. Perdone si la molesto a estas horas.

La mujer debía de tener unos cincuenta años. Era delgada y alta y no parecía italiana. Tenía una expresión dura en la boca. Estaba inmóvil, con la espalda muy tiesa, y miraba a Bordelli desde detrás de sus gafas.

–¿Qué desea? –dijo con un fuerte acento alemán, arrebujándose en el chal. Su pelo era totalmente blanco y lo llevaba recogido en un moño perfecto sobre la nuca.

Bordelli tenía la sensación de que alguien le espiaba desde detrás de una persiana del primer piso, pero hizo como si nada.

–¿Usted es la señora...? –preguntó.

–Soy ama de llaves del barón –dijo la mujer con frialdad.

–¿Puedo saber su nombre?

–Barón Von Hauser.

–¿Y usted es la señora...?

–Señorita Olga.

–¿Está el barón en casa?

–No.

–¿Puedo preguntar dónde está?

–El barón siempre de viaje, viene poco a la casa.

–¿En la casa vive alguien más?

–No.

–¿Usted vive aquí sola?

–*Ja*.

–¿Todo el año?

–No entiendo... ¿Por qué todo este preguntar?

–Perdone, pero nos han llamado. Alguien ha oído un disparo por aquí cerca.

–Yo oído nada, ir a dormir pronto.

Bordelli abrió los brazos y sonrió.

–Entonces no tengo nada más que preguntarle. Perdone de nuevo la molestia, buenas noches –dijo.

–Buenas noches –respondió la mujer, impasible.

Bordelli hizo un gesto respetuoso con la cabeza y se dirigió hacia la salida, pero dio unos pasos y se detuvo volviéndose de nuevo hacia la mujer.

–Una cosa más, señorita Olga..., ¿tienen ustedes un dóberman aquí en la villa?

–No.

–¿Sabe, por casualidad, si alguno de los vecinos...?

–No entiendo mucho de perros –le interrumpió la mujer con un deje de desprecio en la voz.

–Nada más, buenas noches –dijo Bordelli, y se marchó por el sendero oscuro.

Al cerrar la verja, vio que la señorita seguía quieta en el umbral. Se encaminó hacia el Escarabajo sin darse la vuelta y al poco oyó el ruido del portón al cerrarse.

En el coche, el enano se había quedado dormido. La cabeza caída de lado, roncaba. En cuanto Bordelli arrancó, levantó la cabeza de golpe y se frotó los ojos con los dedos.

–No estoy durmiendo –dijo.

–Te llevo a casa.

–¿Ha descubierto algo, comisario?

–No, pero este asunto no me convence –dijo Bordelli, mirando fijamente al vacío por un instante.

Luego dio la vuelta y se dirigió hacia la ciudad. En una recta, sacó su cartera de la chaqueta, cogió dos mil liras y se las puso a Casimiro en la mano.

–Te van bien, ¿no? –dijo.

El enano dudó un instante, como hacía siempre, luego cogió el dinero y lo guardó en uno de sus zapatos.

–Gracias, comisario, no puedo rechazarlo –dijo, sombrío.

–¿Quieres fumar?

–No, gracias... Si lo desea, puedo intentar descubrir alguna cosa.

–Pero si estabas cagado de miedo... –se rio el comisario.

–No tengo miedo –exclamó el enano, un poco ofendido. No le gustaba parecer un miedica.

–No importa, Casimiro, podría resultar peligroso –dijo Bordelli, serio.

–¿Por qué peligroso?

–Nunca se sabe.

–Sé lo que me hago –dijo Casimiro, apretando con fuerza el pequeño esqueleto entre los dedos.

–¿Y si te vuelves a encontrar con otro perrito como ése?

–Me llevo una pistola así de larga... –contestó el enano con aire de tipo duro. Parecía rebosante de orgullo.

–Olvídate de las películas del Oeste, Casimiro... Quizá dentro de unos días te necesite para un trabajito –mintió Bordelli, pensando ya qué podría inventarse. Una vez incluso le había pedido que siguiera a Diotivede haciéndole creer que se trataba de un mafioso...

Permanecieron un rato en silencio. El Escarabajo bajaba lentamente hacia la ciudad. Al llegar a San Domenico, Bordelli giró y siguió hacia abajo por Badia Fiesolana, sin un motivo preciso, quizá sólo para volver a ver aquella bajada muy pronunciada que de niño desafiaba con los carritos de ruedas, corriendo el riesgo de partirse el cuello.

–Casimiro, ¿sabes algo del Botta?

Bordelli no veía a Ennio Bottarini desde hacía mucho. Tenía intención de organizar otra cena en casa con el Botta a los fogones. Aquel ladrón desafortunado era realmente un cocinero excelente. Había pasado varios años en las prisiones de media Europa y, charlando con los compañeros de celda, había aprendido la cocina de todos los países.

–Debe de estar todavía en Grecia –dijo el enano.

–¿Libre o en la cárcel?

–Hace unos días vi a un amigo suyo, dice que el Botta ha hecho dinero y está a punto de volver.

–Mira por dónde...

Unos días después llamaron a la comisaría y Bordelli se marchó con el Escarabajo pisando con fuerza el acelerador. Como de costumbre, el joven Piras iba con él. Eran casi las siete de la tarde y el sol se había puesto hacía poco.

En la entrada del parque del Ventaglio había mucha gente y tres coches de policía con los faros encendidos. Bordelli dejó el Escarabajo junto a la verja y bajó con los latidos del corazón retumbándole en la cabeza. Piras caminaba junto a él en silencio. Desde que aquel muchacho inteligente y de rasgos angulosos había llegado a la comisaría el año anterior, Bordelli le llevaba consigo en todas las investigaciones y, para no llevar siempre a su lado un uniforme, le había pedido que vistiese de civil. Se encontraba bien con Piras, del mismo modo que se encontró bien durante la guerra con su padre Gavino.

La luna estaba oculta por una espesa capa de nubes y el parque estaba tan oscuro como el cielo. El prado subía muy inclinado y oscuro hacia la izquierda y, en lo alto de la pequeña colina, se veía el resplandor de los focos de la policía ahogados en medio del gentío. Empezaron a subir. Las suelas resbalaban sobre la hierba húmeda y, después de dar unos pasos, el bajo de los pantalones se empapó. Llegaron a la cima de la pequeña colina. Bordelli avanzó dando zancadas y empezó a hacerse hueco entre la gente. Piras le seguía de cerca y se metía en el hueco antes de que se volviera a cerrar. Había ya periodistas escribiendo en sus cuadernos y algún fotógrafo. No se sabía cómo, pero los de la prensa siempre eran de los primeros en llegar.